

meses iba á ver de cerca á la dulce niña que era para mí el único afecto íntimo que tenía sobre la tierra; y cuando esta idea predominaba en mi espíritu con mayor imperio, veníame á la memoria el caluroso elogio que de Remedios me había hecho aquel joven tan apuesto, tan inteligente y tan bien reputado, superior á mí en todo, si no era en querer á Remedios, en lo cual no podía yo tener rival ninguno.

Penetré á costa de mil esfuerzos en el grupo de *gente que no baila* apiñado en la puerta, y levantado sobre las puntas de los piés, recorrí con la vista el salón no lleno aún. Tenía sobrado *quorum* el Congreso, cosa que en las sesiones no solía ser frecuente; había Tribunal pleno, y no faltaba uno solo de los empleados federales. Una parvada de cuervos me hizo adivinar el sitio que ocupaba la Gobernadora con sus hijas, y en el lado opuesto noté que D. Sixto Liborio agasajaba á dos niñas que en el sencillo traje daban muestras de humilde condición. De pronto creí que era esto una virtud.

Liborito recorría el salón de uno á otro ex-

## VI.

### El baile.

LOS más contrapuestos sentimientos se juntaban dentro de mí, manteniéndome desasosegado y lleno de turbación, cuando á las nueve de la noche franqueé los umbrales de la casa del Gobernador, y seguí la callejuela de ramas que conducía del portal al salón de baile. La tímida cortedad me recordaba que aquel era mi estreno en la sociedad culta, y me inspiraba el temor de incurrir á cada paso en torpezas *pedreñas*; los saltos del corazón me decían que después de muchos

tremo, luciendo un trajecillo estrenado aquel día, y como queriendo demostrar á los concurrentes que estaba en su casa, que era día de su santo y que podía entrar y salir por todas partes; José María procuraba imitarle, y Panchito, solicitado por señoras y caballeros, recogía de aquí y de allí una caricia, un elogio, un mimo cualquiera, que no pocas veces pagaba con su desdén de niño malcriado.

El grupo de la puerta se movió estrujándome fuertemente, y una voz imperiosa dijo á mis espaldas:

—Con permiso de ustedes., que pasan las señoras.

Al dejar mis acompañantes el paso libre, me estrecharon contra la puerta obligándome á quedar inmóvil y como incrustado en ella. Llegaban tres damas apoyadas en el brazo de otros tantos miembros de la comisión encargada de recibir á los invitados. Pasó rosándome la primera, mujer de un pariente de Vaqueril; después su hija, que con gesto de asco procuró evitar mi contacto, y por último la tercera, alta, morena, radiante de hermosura, sol de belleza deslumbradora, que

heló la sangre en mis venas y la encendió súbitamente en mi corazón, dejándome mudo y tembloroso. Era Remedios, la Cabezudita de que hablaba Miguel, mi reina, mi paloma pedreña, mi todo. Miróme al pasar, deteniéndose sobre los míos sus grandes y apasionados ojos; turbóse como yo, y en el leve movimiento de sus encendidos labios, adiviné que quiso saludarme.

Arrastrado por irresistible instinto, atraído por aquella hermosura, que me inspiraba un amor como no he conocido otro ni en el mundo ni en las novelas, olvidé la timidez montaraz que me dominaba y dí un paso para seguir á Remedios; pero una mano brusca y pesada como un guantelete cayó sobre mi hombro y me repuso en mi sitio de un empujón.

—Hagáse á un lado; me dijo D. Matéo Cabezudo, clavándome sus ojos irritados, como de tigre hambriento.

Y al quedar yo otra vez en mi primera posición, oí las risas sofocadas de mis vecinos que se burlaban de mí. Disimulando el bochorno,

me levanté sobre las puntas de los piés, y seguí con la vista á la pedreña. Vi entonces que el caballero que la acompañaba era Miguel, y por primera vez sentí el aguijón más doloroso clavado en mi corazón y desgarrarle: los celos.

¡Qué hermoso me pareció Miguel entonces y qué gallardo! ¡qué fácilmente flexibles sus miembros, y en sus movimientos! ¡qué airoso y desembarazado! ¡Con qué maneras tan finas la acomodó en escojido sitio, entregando á Concha, que salió á recibirlos, el abrigo de la joven, que él mismo la ayudara á desprenderse de los hombros! ¡Qué frases tan bonitas la diría! ¡Qué talento demostraría en su conversación! ¿No sería natural que despertara vivas simpatías en el tierno corazón de aquella niña, sólo acostumbrada á las rudas espresiones de mi lengua? ¿No llegaría á verle como el hombre más hermoso y el mejor de cuantos había conocido? ¡No llegaría, por último. . . .

¡No llegaría á nada! La luz de luna de sus ojos que me buscaban en el grupo de la puerta hirió los míos. ¡Bendita seas! Empujé sin

miramiento á los que me interceptaban el paso, y entré resueltamente, pisando la alfombra que me parecía tener encima una capa gruesa y estorbosa de lana cardada.

No sé que habría hecho una vez dentro del salón, si Miguel no saliera á encontrarme, cuando se retiraba dejando acomodada á Remedios. Me estrechó la mano fuertemente y apartándome á un extremo me dijo:

—Estuve alerta en el zaguán para introducirla yo. Tuve que fingirme distraído para que mis compañeros de comisión dieran el brazo á esa señorona y su hija; pero parece que ellas lo notaron, porque me han puesto una cara de demonios. No me importa. Tengo un mal síntoma, Juanillo: estoy muy tonto cuando hablo con la Cabezudita, y parece que la lengua se me pega en los dientes. Al sentarse allí, se la enredó el fleco del abrigo en un botón de mi levita, y me dijo: "Dispense vd." y yo, con esta inexplicable torpeza, la contesté: "Mil gracias." Por eso no me quedé platicando con ella; me avergüencé mucho.

El más grave síntoma que presentaba el joven abogado, era aquella verbosidad en que

todo se revolvía, como en los enamorados sometidos á una impresión viva se revuelven sentimientos é ideas á primera vista incohexas.

—Vea vd. con cuánta frecuencia dirige para aca la vista, continuó; però creo que es á vd. á quien mira, ¿vd. la ha tratado? ¡Mire, mire que ojos! El Coronel es su papá ¿verdad? ¿Que no? Ah! es su tio. Me alegro porque ése hombre me es antipático: ¿No es vd. su pariente? Le aseguro que jamás me había impresionado una mujer tan profundamente como esta criatura, ni mucho menos. Pero hay razón para ello. Otros buscan la alcurnia, la familia, la posición; eso es indigno y vergonzoso: yo busco algo que llene, que satisfaga las altas aspiraciones de mi alma; algo ideal y superior á todas estas mezquindades que nos rodean y nos ensucian constantemente con su saliva. Una mujer pura, dulce y amorosa para entregarla mi corazón enteramente, hacerla dueña absoluta de mi alma y compartir con ella las dichas de la vida que ahora me sonrío. Todos me dicen que soy hombre de porvenir, que puedo alcanzar

grande altura en las letras, en el foro y en la política; todas las esperanzas se conjuran para halagarme y tengo fe en mis fuerzas.

Pero ¿qué son las glorias ni los triunfos si no hay una mujer querida á quien ofrecerlos? El hogar es la recompensa de la honradez y el trabajo; el hogar en que nos espera una mujer cariñosa y tierna, y en que quizá se mece suavemente una cuna blanca, es un remedo de la gloria de los fastos. Yo he de conquistar eso, Juan; á eso aspiro, y por eso al ver á esta niña en cuyos ojos se lee la pureza del alma, y que reúne además tanta hermosura, me he sentido subyugado y atraído de una manera irresistible.

Templábase el encono que el amor de Miguel encendía en mi alma, con la honradez y nobleza de sus ideas, que generosamente admiraba yo y aplaudía en mi interior. Al oírle hablar así, sentía yo juntamente la necesidad de aborrecerle y la obligación de estimarle más que antes.

¡Qué contrariedades las mías! Mis ilusiones venían por tierra; mi tranquilidad desa-

parecía; mi conformidad con la situación y estado en que vivía, se cambiaban súbitamente en una ambición que me espoleaba con agudos agujijones; y soñaba yo engrandecerme, distinguirme, ser superior á todos y en todo, principalmente á Miguel. ¡Y Miguel había sido hasta entónces mi esperanza para lo porvenir!

—Le rogué á vd. que no dejara de venir, prosiguió el jóven, por esto; por hablar con vd. de ella, informarme de sus antecedentes, de su familia, para que me diga vd. que es tan buena como lo revelan sus ojos. Quiero hablar de ella con un amigo como vd., que me quiere sinceramente y que además la conoce.....

—¿Miguelito? dijo á nuestras espaldas una voz de mujer.

—Perdone vd., dijo Miguel á una señora obesa y emperejlada, que respiraba con dificultad; no ví cuando ustedes se sentaron aquí y estábamos dándoles la espalda.

Las niñas que acompañaban á la matrona saludaron á Miguel melosamente, y se balancearon en los asientos.

—Dígame vd., dijo la mamá; ¿quién es esa muchacha que se sigue de la Carriles?

—Es la sobrina del Coronel Cabezudo.

—¡Ah! ¿Esa es la Cabezudita?

—Justamente.

—¿Esa? dijeron las niñas estirando el pescuezo hasta adelgazarle.

—Pues no me parece tan bonita como me habian dicho; añadió la señora.

—¡Psh! hizo la hija mayor.

—Es regular, cuando mucho, observó la menor.

—Eso es una heregía; dijo Miguel picado. ¿Pues no son hermosísimos esos ojos? ¿Y esa boca es fea? ¿Y ese cuerpo?

La orquesta colocada en la pieza inmediata, anunció una polka, y Miguel abandonó á las damas para ir en busca de Candelarita, la cual le había bonitamente comprometido á bailar con ella todas las piezas de ese género.

Todos los pisaverdes se movieron á la vez, y tres se dirigieron á Remedios para invitarla. El primero en llegar fué el agraciado, miéntras los otros, haciendo una curva rápi-

da, trataron de disimular su intento y fueron á invitar á otras jóvenes que aceptaron aunque con gesto de orgullo ofendido.

Momentos después, las parejas recorrían el salón en rápido vuelo, con excepción de algunas que giraban torpemente sobre su eje sin salir de un lugar, y tales eran la de Vaqueril y una de las jóvenes de aspecto humilde con quienes antes platicaba; la de Sequeda y una hija escuálida del Secretario, y la de Don Mateo que sólo sabía bailar el zapateado de *la tierra*, y que en aquel momento tenía en un potro á la pobre Conchita.

El adusto Secretario se dejaba guiar por Doña Eulalia; la cual por vía de broma y travesura, se empeñaba en perseguir á Miguel, obligando á su galán á sacar fuerzas de flaqueza, para competir en agilidad con el joven diputado.

Los galancetes estaban en su elemento, demostrando cuánto tenían cultivada la ligereza de los piés. Volar haciendo rápidos círculos en la alfombra; sofocarse, detenerse después, dando el brazo á la señora y abriendo la boca para tragar mucho aire; pasarse

el pañuelo por la frente sudorosa, y decir á la compañera: "Baila vd. divinamente" para que conteste: "Gracias á vd. que me lleva;" tal era allí la suprema aspiración de los que no tenían motivo para aspirar á más.

La rapidez de la polka contentaba mi deseo, pues mediante ella, Remedios pasaba junto á mí con frecuencia, dirigiéndome siempre una de aquellas dulces miradas que me enloquecían.

Así curaba el mal que me hacía verla en brazos del tonto que bailaba con ella.

—¡Que delicioso debe de ser llevarla así! ¡Y luego que parece una pluma! Si yo pudiera, si el Coronel no hiciera una de las suyas, la diría mil cosas que tengo aquí dentro, al compás de la música y apretando su mano y estrechando su cintura. Ya me lo dice con los ojos; pero eso no me basta; quiero que me diga con su vocesita de paloma que siempre soy su única esperanza de felicidad, que me quiere lo mismo que en San Martín, y que no ha de olvidarme jamás. Todos estos mequetrefes pueden bailar con ella, y ella aceptará aunque sea con repugnancia; sólo yo no

puedo tocarla, ni hablarla y hasta para mirarla debo andar con cuidado.

Esto pensaba yo, y como de costumbre, mis propios pensamientos fueron calentándoseme la sangre y extremando mi deseo, hasta el punto de determinarme á buscar el medio de satisfacerle.

Calló la música, y los galanes condujeron á las señoras á sus sitios respectivos, retirándose los más á los ángulos del salón, puertas y otros puntos desocupados, mientras algunos permanecían frente á las damas agasajándolas y divirtiéndolas con esa frivolidad que es la cualidad más apreciada por la mayor parte del bello sexo, y la más codiciada de los pisaverdes. Miguelito quedó preso entre la familia Vaqueril, que le ató con mil hilos de conversación; y pude notar por las miradas de las señoras, que se hablaba de Remedios.

La matrona sofocada, que tenía hambre de hablar, dijo á una de sus hijas:

—Pues vaya con la tal cabezona! Han dado todos en decir que es de una belleza in-

comparable, y creo que hasta ella lo va tomando por lo serio.

—¡Y viste con qué calor comenzaba á defenderla Labarca?

—Novelerías, asentó la menor; una belleza de pueblo. Mira, mamá, si ni sentarse sabe.

—Tiene el abanico en la mano y no se atreve á abrirlo por temor de romperlo; dijo la mamá desplegando el suyo con garbo.

—Grande, gorda y colorada; eso es todo. Ya lo creo; como que en el pueblo iría por agua á la fuente y lazaría toros.

Me alejé de aquel lugar porque me venían á la lengua y me repicaban en los dientes algunas frases que no debía decir; pero no bien me hube detenido en el ángulo opuesto, cuando oí que un mequetrefe decía á una polla almibarada.

—Yo no soy de ese coro, Pepita; yo prefiero las manos delicadas de la *aristocracia*, perfumadas desde la cuna, á las que todavía traen el olor de los corrales de ganado.

La risa que esta agudeza produjo entre hombres y señoras, les impidió ver el ade-